Marketing de la locura

Cuando alguien se siente descompuesto, con fiebre o le duele algo, decimos que está enfermo. Los síntomas visibles son fáciles de reconocer, y los métodos de diagnóstico poseen una alta probabilidad de ser certeros. Pero, ¿qué sucede cuando la enfermedad está determinada por la subjetividad de una persona?

El ir y venir contra reloj de nuestro estilo de vida, nos volvió víctimas de aquellas enfermedades a las que denominan psicológicas. Estrés, falta de concentración, ansiedad o depresión son las más reconocidas. Cuando nuestro estado anímico comienza a fallar, decidimos que es tiempo de ir al psiquiatra en busca de una solución. Las personas van dispuestas a que el especialista les recete una pastilla que los estabilice nuevamente. Sin embargo, ¿es realmente necesaria una medicación para volver al equilibrio?

En los últimos años, el índice de personas que consultan un psiquiatra ha crecido notablemente, al igual que la venta de antidepresivos y ansiolíticos. Hoy, todos padecemos de las mismas enfermedades. De los mismos trastornos. ¿Será posible que estemos todos locos? Está científicamente comprobado que la mente domina el cuerpo, y que para estar bien hay que sentirse bien. Los efectos de las drogas no son el único factor que permite la recuperación completa de un paciente. Lo que nosotros pensamos también influye. Si no creemos que podemos estar mejor, no sucederá. La industria farmacéutica se aprovecha de nuestra fe y la usa a su favor. Insertan en el mercado cientos de pastillas para enfermedades cuyos tratamientos no requieren de ninguna droga. Nos hacen creer que esa es la solución para nuestros problemas y, mientras nos auto convencemos de que estamos mejor, ellos incrementan sus ganancias rápidamente.

Los fármacos son drogas, y no deben ser consideradas un juguete. Es nuestro deber tomar conciencia de lo que tomamos y no caer en los dichos de terceros. Porque al final, las enfermedades se vuelven estrategias comerciales y las curas no son más que obras del marketing.